

La epopeya de la clausura

Berdiaev, nueva y vieja edad media

Christopher Domínguez Michael

I. EL CURADO DE ESPANTO

Tan remoto, incomprensible, nos parece el mundo anterior a la Revolución rusa que es difícil concebir detalles de la vida cotidiana como que, antes de la soviétización de 1918, los hijos de las élites iban a las mismas escuelas, en San Petersburgo. A la Academia Shidlovskaya concurrían lo mismo los hijos de Alexandr Kerenski, jefe del gobierno provisional, que los de Lev Trotsky, comisario de guerra de los bolcheviques y no pocos muchachos pertenecientes a las familias aristocráticas. Ese mundo aparece retratado en *Lenin's Private War. The Voyage of the Philosophy Steamer and the Exile of the Intelligentsia* (2006), de Leslie Chamberlain, historiadora británica de la filosofía. *Lenin's Private War* está escrito en torno a la reconstrucción del episodio, poco conocido, que da comienzo a la completa entronización del totalitarismo en Rusia, poco antes de que ésta fuese bautizada, en el invierno de 1922, como Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS). Apenas en septiembre, por órdenes de Lenin, salieron expulsados de Rusia doscientos veinte intelectuales con sus familias, en dos barcos (el *Haken* y el *Preussen*) que zarparon de San Petersburgo rumbo al Mar Báltico. Entre los expulsos, junto al filósofo Nikolai Berdiaev (1874-1948), estaban el crítico literario Yuli Aikhenvald, el filósofo Semyon Frank, un antiguo secretario de Tolstoi (V.F. Bulgákov) y su homónimo (el reformador religioso Serguei Bulgákov) y no pocos políticos, historiadores y matemáticos.

La emoción ciega que la Revolución rusa le impuso a Occidente, esa “ilusión lírica” de la que habló François Furet ante la caída del muro de Berlín, se prolongó, tras la victoria soviética de 1945, durante casi

todo el siglo XX, obnubilación que presentó a la primera diáspora rusa como una caricatura. Los llamados rusos blancos (no todos lo eran ni todos habían formado parte de los ejércitos contrarrevolucionarios) aparecieron dibujados como aristócratas decadentes y empobrecidos tripulando taxis en París, en Praga o en Berlín. Esos *emigrés* sufrieron, como pocos, situaciones malignas y equívocas. Fueron juzgados como la eterna quinta columna: perdieron sus pasaportes rusos al ser reconocida diplomáticamente la URSS por los gobiernos europeos. Quedaron bajo grave sospecha cuando Hitler y Stalin pactaron en 1939 la no agresión y el panorama se oscureció todavía más tras la invasión alemana de 1941 al convertirse los soviéticos en aliados de Inglaterra y de los Estados Unidos. En las memorias de Nina Berberova (*El subrayado es mío*, 1990) se aprecian las escalas de ese itinerario hacia la nada.

El novelista Vladimir Nabokov y el lingüista Roman Jakobson, quienes salieron de Rusia antes de 1920, lograron hacerse de una segunda, brillante vida, en Occidente, uno como genio de la novela en lengua inglesa y el otro como intérprete de una nueva lengua teórica moderna. Pero Berdiaev (o Iván Bunin, el menospreciado Premio Nobel de 1933), al abordar los barcos rumbo al destierro, eran ya demasiado viejos como para cambiar de lengua.

De aquella *intelligentsia* extraviada, Berdiaev fue, no sólo uno de los más célebres filósofos rusos, por encima de pensadores quizá más originales y escritores más finos que él, como Frank o Lev Chestov, sino la voz más autorizada del exilio, un hombre que, habiendo muerto en París como “el filósofo blanco” por definición, nunca dejó de creer, paradójicamente, en la Revolución rusa.

Los filósofos rusos, en los umbrales del siglo XX, sólo podían ser hijos de Dostoievski y de Tolstói. Mucho antes de 1917 creían, como sus titánicos padres, que el cristianismo era la insondable esencia rusa y que éste estaba seriamente amenazado por los valores destructivos de la Revolución francesa y sus creaturas, el liberalismo, la democracia, el socialismo. No pocos, siguiendo el evangelio de Tolstói, abandonaron una Iglesia Ortodoxa que encontraron corroída por la corrupción y se inclinaron por un deísmo apostólico, pacifista, sin dogmas ni iglesias ni teologías. Para ser un verdadero cristiano, pensaba Tolstói, bastaba con algunas parábolas. Otros, como Berdiaev, eran dostoievskianos y se habían instruido febrilmente en el idealismo y en el romanticismo alemán. Leyeron a Hegel (y de ello ofrece testimonios abrasadores Isaiah Berlin en *Pensadores rusos*, su obra clásica) como palabra de Dios.

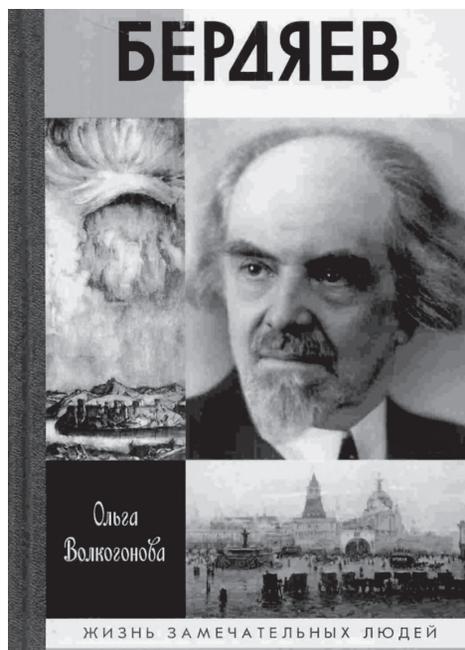
Berdiaev, que había estado lo suficientemente ligado a los círculos marxistas como para ser encarcelado un mes en 1898 y excluido por motivos políticos de la universidad de Kiev, se convirtió, gracias a su execración del positivismo, en un filósofo orgullosamente idealista ansioso por reconstruir, desde el cristianismo, a la metafísica. Partiendo de ese horror por la “demonología” de la *intelligentsia*, Berdiaev elaboró su ambigüedad intelectual ante la Revolución de Febrero, que hizo abdicar al zar Nicolás II y ante la Revolución de Octubre, que llevó al poder a los bolcheviques. Ambas revoluciones, sostuvo Berdiaev hasta el final de su vida, habían sido una fatalidad de la Providencia, una catástrofe necesaria para la purificación del alma rusa. Berdiaev es, en buena medida, el Joseph de Maistre de la Revolución rusa.

Siguiendo un razonamiento que Chamberlain lleva a extremos polémicos en *Lenin's Private War*, Berdiaev veía en Lenin, cuyo interés en desterrar a los filósofos idealistas era una apuesta personal, a un tirano occidentalizador, al genuino heredero de Pedro El Grande. Nadie menos parecido a un sátrapa oriental que Lenin, sostenía Berdiaev. Pero, al mismo tiempo, el filósofo creía que el comunismo era esencialmente un problema nacional (y religioso) ruso y no una maldición lanzada desde Occidente.

II. BERDIAEV Y DOSTOIEVSKI

Socialista a la rusa, socialista cristiano (hoy diríamos que comunitarista), Nikolai Berdiaev, un hombre de talante liberal, fue uno de los antiliberales más leídos durante la primera mitad del siglo XX. Viniesen de Dostoievski o de Tolstói, deístas o eslavófilos, los filósofos rusos tendían a pensar que el Mal venía del siglo XVIII y de sus doctrinas. Es paradójico que quienes resistieron al bolchevismo —y entre ellos la mayoría de los intelectuales desterrados en 1922— llegaron a sorprenderse de que Lenin los excluyera de un proyecto de renovación mesiánica que consideraban común. Los auténticos liberales escaseaban y la Rusia mística sólo le repugnaba a vanguardistas como Vladimir Nabokov y Roman Jakobson. En ese sentido, como lo dice Leslie Chamberlain, Berdiaev prefigura a Alexandr Solzhenitsyn: los disidentes de los años veinte y de los años setenta resultan ser un mismo elenco que da vueltas en círculo. Son enemigos del totalitarismo y defensores cristianos de la persona pero pensadores autoritarios y, en diversos grados, integristas y teocráticos. Es lógico que Berdiaev se acercase, durante la guerra contra Hitler, a la embajada soviética, al grado de recomendar el regreso de los emigrados para festejar la victoria. Y de la misma manera no es extraño haber visto a Solzhenitsyn respaldando a Vladimir Putin por haber rescatado la dignidad de Rusia frente a Occidente.

Se olvida con frecuencia (y leyendo a Chamberlain se repara ese olvido) que el gran motivo de execración universal del régimen bolchevique, durante sus primeros años, no fue su naturaleza despótica y anti-



liberal, sino su vehemente ateísmo. Al principio, Lenin y los suyos escandalizaron por tomar medidas anticlericales, como la separación entre la Iglesia Ortodoxa y el Estado denunciada *urbi et orbi* en 1918 por el patriarca Tijón.¹

El bolchevismo, como bien pronto lo corroboró Berdiaev, iba mucho más lejos que la ortodoxia y se proponía modificar el alma humana. En esa circunstancia, estando Rusia en el ajo de una tormenta espiritual, es cuando Berdiaev, en los años 1920-1921, da los cursos que se convertirán en *El credo de Dostoievski* (traducido al español en 1934) y su nombre quedará ligado a la postulación de la causa de Dostoievski como profeta en Occidente. Pero fue gracias al pronto destierro de Berdiaev y a la influencia que irradió desde París, merced a la Revolución, lo que lo convirtió en el publicista más conocido de los méritos espirituales del autor de *Los hermanos Karamázov*. Dostoievski, como profeta, libraba a Rusia entera del pecado de ateísmo que arrastraban los nihilistas y los bolcheviques y, a la vez, su escatología cristiana (centrada en el episodio del Gran Inquisidor) constituía una formidable reserva de energía que modificaría espiritualmente ese alumbramiento apocalíptico.

¹ Véase al respecto el capítulo sobre la Revolución rusa y bolchevique de *La gran controversia. Las iglesias católica y ortodoxa de los orígenes a nuestros días* (Tusquets, México, 2005) de Jean Meyer.

A Dostoievski, en Rusia, no le fue tan fácil imponerse. La muerte del crítico Belinski en 1848, tras haber aplaudido *Pobres gentes*, dejó entre paréntesis el crédito de Dostoievski. Todavía a fines de los años setenta del siglo XIX, realistas rudimentarios como Dobroliúbov y Pisarev se negaban a concederle un aura metafísica (que luego se volverá obvia) a actos como el crimen de Raskólnikov, leído como un estudiante, “un proletario intelectual” que delinque obligado por la pobreza. Estamos aún muy lejos de lo que afirmará después otro filósofo, Lev Chestov: “Raskólnikov nació del alma de Nietzsche y Nietzsche del alma de Dostoievski”, lo cual es una figuración pues Nietzsche leyó a Dostoievski pero no al revés. En 1881, año de la muerte del ruso, Nietzsche todavía era un profesor poco conocido más allá del ámbito de su lengua.

Será Vladimir Soloviev quien le conceda al novelista, en “Tres discursos en memoria de Dostoievski” (1884), los poderes proféticos que se rehusaron a otorgarle, en ese momento menos que nunca, los liberales y los occidentalistas. Son poderes que se extenderán, retrospectivamente y a futuro, a todos los artistas y los poetas rusos. Tras Soloviev vendrá Rozánov, en 1891, con su comentario crítico de la leyenda del Gran Inquisidor.

El credo de Dostoievsky es un libro panfletario, a ratos decepcionante, que profetiza la clase de cosas que un Nabokov y con él, la castigada escuela de los liberales, detestaba del misticismo ruso y de su misión. Dostoievski, dice Berdiaev, se origina únicamente en Balzac y cuando se levanta a hablar, ya está por encima de todas las influencias. Y Dostoievski, agrega, es una figura del Renacimiento, de ese Renacimiento que los rusos celebran porque no lo tuvieron como cosa propia, al grado que nadie es más ruso que el Leonardo Da Vinci retratado por Dimitri Merejkovski. Dostoievski, en ese sentido, es para Berdiaev un Shakespeare que coloca al hombre en el centro del universo, a espaldas de la naturaleza y del mundo de los objetos. Dostoievski, afirma, fue todo lo contrario del humanista democrático y sentimental, de esa escuela que va de Belinski a Gorki, del socialismo utópico al comunismo. Después de Dante y de Shakespeare, Dostoievski cerrará un ci-

clo de decadencia y el hombre fáustico habrá terminado su negocio. Así concluye Berdiaev en ese esquema que es a la vez trinitario y spengleriano. O Spengler es muy ruso.

III. EL MUNDO DEL FUTURO

Nikolai Berdiaev publicó en 1924 el ensayo que sería conocido en Occidente como *Una nueva Edad Media*, que expresa el ánimo profético en que lo había dejado la sacudida de la Revolución rusa, sin la cual su filosofía hubiera carecido de carácter escatológico. Para Berdiaev, insuflado del espíritu de Dostoievski, el mundo histórico tal cual lo conocían los modernos estaba destinado a la destrucción. Ello no quería decir que de nuestra época “no quedará nada para la eternidad” que al filósofo le angustiaba. Esa eternidad nos recordaría por la magnitud que entre los modernos alcanzó el uso de la libertad para el pecado (y sin el pecado una teología como la de Berdiaev no funciona).

La herejía humanista o fáustica que nuestro tiempo habría cometido se remontaba al gnosticismo, a la pretensión de liberar la ambición humana y hacerla rivalizar con lo divino. En el futurismo ruso, por ejemplo, la vanguardia artística que había sido su horizonte generacional, Berdiaev veía la más clara empresa de destrucción y desmembramiento de la imagen divina en el hombre.

La nueva Edad Media profetizada y deseada por Berdiaev estuvo a punto de cumplirse en la versión infernal de los totalitarismos. Pero la profecía no se cumplió y el capitalismo sobreviviría en condiciones de respeto y hasta proliferación religiosa que el filósofo no hubiera creído. Leslie Chamberlain dice que Berdiaev y compañía eran el *Doppelgänger*, el doble o sosías del comunismo, que al ser “antiindividualista, antiliberal, antidemocrático y antihumanista” le había hecho, al destruir el mundo hedonista, la mitad del trabajo a los tradicionalistas. La disputa entre los filósofos cristianos y los bolcheviques recordaba a los conflictos padecidos previamente en la cristianidad rusa entre la vieja creencia ortodoxa encarnada por la Iglesia oficial y los nuevos creyentes que ahora estaban en el partido comunista.

Esa confrontación, desde luego, era más compleja en tanto que el marxismo soviético se presentaba como la negación misma de una religión, un materialismo hegeliano o un racionalismo científico. No era exactamente ni una cosa ni la otra y Berdiaev fue de los primeros en desafiarlo desde el corazón de la tradición rusa, tal cual lo dice Chamberlain, discípula de Isaiah Berlin, en otro de sus libros: *Motherland. A Philosophical History of Russia* (2004).

Desde esa economía de la providencia ya no sorprenden tanto las palabras dedicadas por Berdiaev, en *Una nueva Edad Media*, a la Revolución rusa, vista como “una gran desgracia. Todo revolución, por lo demás, es una calamidad. Jamás hubo una revolución feliz. Pero todas las revoluciones son obras de la sabiduría divina [...] La Revolución rusa es abyecta. Pero toda revolución es abyecta. Jamás hubo revoluciones bellas, armoniosas y felices. Por otra parte, todas las revoluciones son fracasadas. Jamás hubo una revolución que tuviera éxito. La Revolución francesa, a la que se denomina grande, fue ella también abyecta y fracasada. No fue mejor que la Revolución rusa, ni menos sangrienta ni menos cruel; fue igualmente atea, igualmente destructora [...] El bolchevismo es mi pecado, mi falta. El bolchevismo corresponde al estado moral del pueblo ruso”.

El tono de Berdiaev está más allá del espíritu religioso y esas palabras sólo pueden pronunciarse desde la *intelligentsia* rusa que no es —como lo explica en *Las fuentes*

y el sentido del comunismo ruso— una mera denominación colectiva de los escritores o de los intelectuales. Pertenecer a la *intelligentsia* significaba tomar los votos de una orden monástica, a una secta moralmente autosuficiente y adiestrada en la espera de un mismo destino apocalíptico. La *intelligentsia* se desdoblaba en grupo revolucionario como el caricaturizado en *Los demonios* y en Occidente el concepto más semejante al ruso fueron los clérigos de Julien Benda, una soñada *intelligentsia* de ateos, laicos e ilustrados. Y a lo largo del siglo XX la intelectualidad de izquierda, en Europa o en América Latina, fue un remedo, a ratos amenazante, en otras ocasiones teatral, de aquella *intelligentsia* original singularizada por el vestido, la barba, su particular noción de equivalencia entre la cultura y la política.

En Rusia combatieron, hasta el triunfo de la Revolución, dos *intelligentsias*, la espiritualista, la de Dostoievski, Soloviev y Berdiaev, y la positivista, marxista y finalmente bolchevique, de la cual Lenin, autor de un panfleto filosófico, fue un hijo ejemplar. Ambas son profundamente hegelianas en su origen. La dialéctica permitía la escritura permanente de una novela basada en el cambio social y ofrecía una certidumbre en movimiento de lo que el futuro podía ser, lo cual permite el libertinaje de los utopistas. Y al mismo tiempo, el Espíritu absoluto tomaba el disfraz de la parusía cristiana y el progreso racional se convertía en un camino de perfección.

Berdiaev creía (y eso permitió que subiese y bajase como existencialista de los altares de la estimación) que la filosofía no era una ciencia, sino un arte basado en la intuición. Buena parte de su obra pertenece a la estética y a la crítica literaria porque el arte, según él, otorga su sentido al universo. Contra la cosificación moderna, sólo el arte imanta a la vida de religiosidad cuando el espíritu desciende sobre los creyentes. El arte es, también, el vehículo que humaniza a la naturaleza, como Dostoievski humaniza en sus novelas al hombre. Al escribir sobre la piedra trastocamos su esencia en el único modo que la divinidad nos autoriza a hacerlo. Ésa era la clase de pases a trasmano propios de la nueva Edad Media, ajena a la historia, con la que Berdiaev, el viejo noble provinciano, soñaba. **U**



Serge Charchoune, *Retrato del poeta Berdiaev*, s/f